

(x)

regla, que, en lugar de dejarse conducir por una guia superior, por la misma razon divina, se esfuerza á substituir la razon humana, hace á esta base de la fé, y acaba por negarlo todo; porque nada puede comprender y nada quiere practicar." *Mennais indiferencia en materia de religion.*

\*\*\*\*\*

# EL DEFENSOR DE LA RELIGION.

## CAPÍTULO 1.º

*Omnis humanae societatis fundamentum convellit qui religionem convellit Plat. de legibus. Lib. 10.  
Nobis caute dicendum est quatenus os discretum, et congruo tempore vos aperiat; et rursus congruo taciturnitas ciadat. Reg. Past. tom. 2. p. 54.  
ed Maurin.*

### NECESIDAD DE LA REVELACION.

Como los impíos no reconocen cosa alguna cuyo ser y atributos esten sobre los alcances de la sola razon natural desechan la divina revelacion y se abren de este modo un campo espacioso para entregarse libremente á todos los desvarios de su falsa filosofia: para confundirlos es necesario hacerles ver primero la necesidad que tiene el hombre de la revelacion, su posibilidad y ultimamente su existencia, lo que demostrado se le manifestará hasta la evidencia que se han separado del camino de la verdad.

Observese el estado del hombre destituido de una luz sobrenatural, y se conoce-

rá la necesidad que tiene de ella. La ignorancia, la debilidad y el desenfreno de sus pasiones son cualidades que inseparablemente le acompañan: el no sabe que medios puede emplear para hacerse feliz, ignora el camino de lo justo, sus límites y el objeto de la felicidad verdadera: la corrupción de su corazón, no es menos que la ignorancia de su espíritu, enemigo del orden se inclina á todos los objetos que lisonjean sus pasiones: apeteciendo una libertad desenfrenada, tiene horror á cuanto le sujeta, y basta que se le mande una cosa para que la haga con disgusto, ó que se le prohíba, para deseársela, en fin, el error, la incertidumbre, las dudas, la contradicción interior y unas fuertes pasiones que se combaten mutuamente, parece que son el patrimonio del hombre desde su nacimiento. ¿Y qué se infiere de todo esto? que la luz natural no es suficiente para que todos los hombres conozcan sus deberes, y que tampoco basta las fuerzas naturales para que las practiquen, que tienen por lo mismo necesidad de otra luz y otros socorros de un orden superior á la naturaleza, supuesto que en ella no se encuentran.

Cuales han sido los conocimientos del hombre sin la revelación, es fácil saberlo por la historia de las naciones que han carecido de ella. ¿Qué ideas se ha formado el hombre de la divinidad? ¿Con qué culto la ha honrado? ¿Qué reglas de moral ha admitido? ¿En que ha juzgado estar la verdadera felicidad? Ecsaminemos

detenidamente estos puntos, y en todos hallaremos los mayores absurdos.

Preguntemos á los pueblos idólatras, si hay Dios y quien es: á lo primero todos nos dirán de consuno, que lo hay; pero á lo segundo nos responderán unos que es muy obscura su naturaleza y que nada puede decirse que satisfaga, y otros nos presentarán una multitud de dioses indignos del nombre de tales. Un Júpiter adúltero, Juno zelosa y vengativa, Venus disoluta, Mercario ladrón y así los demás llenos de vicios: unos dioses impotentes, supuesto que ninguno por sí solo podía gobernar al universo, y obrar con absoluta libertad. Júpiter que era el máximo de los dioses estaba sujeto al destino sin poder traspasar sus disposiciones, y muchas veces este padre de los dioses y los hombres se vé á su pesar privado por Juno de los objetos de sus placeres impuros. Todas estas falsas deidades no se hallan siempre conformes, tienen sus contradicciones y las criaturas no están seguras, bajo la protección de un Dios, si pueden ser víctimas de otro que se declare contra ellos: estas son las divinidades de los pueblos gentiles, aun los mas ilustrados como el griego y el romano, que blasonaban de sabios. Todos se postran á rendir adoraciones á la criatura reconociéndola como al Criador: su teología es la pueril fábula y los poetas sus doctores.

Los filósofos, aquellos hombres cuyo ta-

lento cultivado por un estudio constante los elevan sobre sus semejantes, no estaban libres del error: algunos han sido notados de ateos como Tales, Anaksimandro, Anaximenes, Diagoras, Melio y otros: y los que han reconocido á la divinidad han errado abiertamente admitiendo la pluralidad de dioses. Aristóteles quiere que á su muger despues de muerta se le tributen los honores que á Ceres diosa de los Atenienses, Pitágoras escije de las mugeres de Crotona que hagan un sacrificio á Juno, Sócrates ofrece sacrificios á los dioses de su pais en su casa, en los altares públicos, delante de sus discípulos, y pone por testigo á todo Atenas de haber hecho esto, cuando delante de sus jueces se defiende de las calumnias de Melito; y Ciceron reconoce á los dioses y dice, que debe hablarse de ellos con respeto. No hablaremos mas de los filósofos gentiles por no ser difusos, pero es una verdad constante que todos erraron en la noción de Dios: ellos estaban en este punto envueltos en la mayor parte de los errores del resto del pueblo y creían, como este, que toda la naturaleza estaba animada: que todo lo que se mueve tiene una fuerza motriz, y esta es una inteligencia: que lo que hace ruido y hiere los sentidos de un modo extraordinario se halla con una alma. De aqui es que los astros, los elementos, el mar, las riveras, las fuentes, las lluvias, el trueno, los meteoros, las cavernas, el éco, los animales y aun las plantas eran tenidos por la morada de un nú-

mero infinito de inteligencias activas, que producian todos los efectos que en ellos se observan: y como todos estos seres tienen alguna relacion con nosotros, produciendo algunos efectos favorables ó dañosos, los bienes ó males que venian de ellos se atribuian á los genios buenos ó malos que les presidian, por lo que era preciso honrarlos para atraerse su benevolencia ó prevenir su colera.

En la erencia comun de aquellos pueblos, si tronaba, era Júpiter que irritado lanzaba el rayo contra la tierra: si habia una fuerte tempestad, era Juno que manifestaba su colera: si las aguas del mar se agitaban era Neptuno que levantaba las olas para sumergir los bajeles, en fin, para todo habia dioses falsos, y solamente era desconocido el verdadero.

En lo perteneciente al culto que se daba á las mentidas divinidades guardaban los absurdos proporcion con ellas. Todas las naciones aun las mas bárbaras, asi como no han podido, á pesar de su rudeza y corrupcion, sufocar la voz de la naturaleza que le dice haber Dios, tampoco la que les enseña que á este Dios se le debe dar un culto eterno por el que se manifiesten los afectos interiores de reconocimiento, amor y respeto á la divinidad. De aqui los votos, las preses, los templos, las victimas, los sacrificios, los ministros, y en fin, todo el aparato del culto exterior: este sentir ha sido de todos los tiempos desde la mas remota antigüedad hasta nuestros dias. Los Persas, los Egip-

cios, los Griegos, los Romanos, los Mejicanos antes que se publicara el Evangelio en estos paises, y últimamente los pueblos todos que han carecido de la divina revelacion han estado conformes en este punto con los que han recibido de Dios el beneficio de ella. Pero este unánime consentimiento del universo, ha sido solo en cuanto al deber que tiene la criatura de honrar á Dios, mas el modo con que se ha de hacer ha sido, sin la luz de la fé, el mas obscuro y difícil de saberse.

Los monstruosos estravios de los pueblos son los mejores garantes de esta verdad. Un culto feroz é impio es el que les enseña su religion, reducido á supersticiones groseras y practicas escandalosas. La licencia mas desenfadada reinaba en sus festividades religiosas. La desenvoltura, obscenidades y escesos de locura y furor que se veían en las fiestas de Apis, Venus, Baco y Priapo eran tan monstruosas, que se podia juzgar que los Egipcios, Griegos y Romanos ya cometiendo estos crímenes, ya permitiéndolos, habian olvidadose de que eran hombres y se habian hecho peores que las bestias. En las necesidades públicas ¿se escortaba al pueblo para que reformara sus costumbres? nada de esto: unas vanas ceremonias, consultas á los oráculos, cuyas respuestas ambiguas eran acomodadas á todos los sucesos: la observancia de las entrañas de las victimas, el vuelo de las aves y otras muchas estravagancias eran los medios de que se valian para saber si los

dioses les serian propicios en sus empresas, ó si levantarían ya el azote que les afligia.

La horrible costumbre de sacrificar hombres á los dioses, era recibida entre los Fenicios, Sirios, Cartaginenses, Scitas, Tracios, Franceses y otros muchos pueblos, como lo refieren entre otros autores, Plutarco, Dionisio, Halicarnazo, Macrobio, Plinio y Cesar. Los griegos y romanos, aunque de costumbres mas humanas, se acogian en las graves necesidades, á este horroroso sacrificio.

Siendo tan estravagantes sus deidades y su culto, su moral necesariamente debia ser vicioso.

Ya hemos visto cuantas infracciones del derecho natural se cometian en algunas de sus solemnidades y sacrificios, pues en su gobierno hallaremos tambien muchas de estas. Veremos que á ilustres ciudadanos por sus virtudes y servicios á la patria se les condena á un destierro: que á los amos se les concede el derecho de vida y muerte sobre sus esclavos, poniendo la existencia de estos desgraciados en las manos del capricho y la arbitrariedad, sin que hubiera una ley, que pudiera ponerlos á cubierto de la tiranía de sus señores: que el robo y el adulterio son permitidos: que los padres puedan sofocar ó esponer á sus hijos recién nacidos: que el atroz é inhumano espectáculo de los gladiadores sea una de las grandes diversiones de Roma, que.... seria preciso estendernos mucho, para referir todas las infracciones de la ley na-

tural. ¿De donde, pues tan espantosa depravacion del buen sentido? de haberse entregado los hombres en manos de su propia razon: de haber olvidado las verdades sobrenaturales, que les enseñaron sus primeros padres, tan necesarias para perfeccionar la luz natural: de haber desconocido al verdadero Dios, y haber colocado en su lugar unas criaturas infames, que necesariamente debian corromperlos, pues que, como dice Lactancio, no pueden ser justos los hombres que, aunque por su naturaleza sean buenos, son instruidos por los mismos dioses para la injusticia.

¿Y en qué harian estos consistir la verdadera felicidad? ¿cual sería el objeto que podria satisfacer el deseo innato que tenian de ser perpetuamente felices? He aqui el grande negocio con que ellos no atinaron jamás, y que es realmente inexplicable sin la revelacion.

Es una verdad indisputable que todos los hombres tienen una propension, que les inclina fuertemente al bien; pero no á un bien pasajero, sino al que los ponga en estado perpetuo de felicidad. Jamás se encontrará alguno que, hablando de buena fé, no asegure que todas las comodidades y glorias de esta vida no le satisfacen plenamente: que su corazon, siempre inquieto é insaciable en sus deseos; apenas ha satisfecho algunos, cuando ya se desvela en la consecucion de otros nuevos. ¿Pero que cosa criada podrá hacer la felicidad del hombre? será la licencia desenfrenada, concediendo á las pasiones todo lo

que apetezcan? la hermosura, la fama, las riquezas ó la sabiduria? nada de esto puede llenar el inmenso vacío de un corazon, que, siendo criado para Dios, debe estar inquieto hasta descansar en el mismo Dios.

El hombre, dice un célebre orador frances en ninguna parte de la tierra encuentra su felicidad. Las riquezas le inquietan, los honores le fatigan, los placeres le cansan, las ciencias le confunden, é irritan su curiosidad, lejos de satisfacerla, y la reputacion le atormenta y embarrasa: todo esto reunido no puede llenar la inmensidad de su corazon. Todos los otros seres, contentos en su destino, parecen felices en el estado en que el autor de la naturaleza les ha colocado. Los astros tranquilos en el firmamento no dejan su morada para ir á alumbrar á otra tierra: la tierra reglada en su movimiento no se arroja para ir á ocupar su lugar: los animales andan en las campiñas sin envidiar el destino del hombre que habita en las ciudades y palacios sumptuosos: las aves se regocijan en los aires, sin pensar si hay criaturas mas felices que ellas sobre la tierra. Todo es feliz, todo está por decirlo asi, en la naturaleza colocado en su lugar, solo el hombre está inquieto y descontento, solo el hombre es la presa de sus deseos; se deja despedazar por los temores, encuentra su suplicio en sus esperanzas, se hace triste y desgraciado en medio de sus placeres, y solo él no encuentra aqui abajo en donde se pueda fijar su corazon.

Estas incontestables verdades nos manifiestan, que las criaturas no son un bien proporcionado al apetito del hombre, que aunque finito, como atiende naturalmente á la bienaventuranza absoluta, eterna é inmutable, solo en el bien infinito puede fijarse: ¡cuantos hombres vemos en el colmo de la fortuna, devorados de la tristeza mas amarga! Salomon despues de haber gustado de todas las comodidades y placeres de la vida, dice que todo es vanidad de vanidades y afliccion de espiritu. Alejandro que habia sido tan feliz en sus conquistas, que habia traído siempre la fortuna como atada á su triunfante carro, que habia sujetado á su dominio grandes reinos, y habia hecho enmudecer á toda la tierra en su presencia, todavia se hallaba insaciable en sus deseos: por esto decia Juvenal:

*Unus Pelleo juveni non sufficit orbis,  
Æstuat infelix angusto in limite mundi.*

¿Y este fin á que se inclina el hombre con una tan grande é invencible fuerza, podrá conocerlo sin la revelacion? la esperiencia de los siglos nos manifiestan que no. He aqui la causa porque los antiguos filósofos del paganismo formaron tantas y tan discrepantes ideas de la felicidad. Todos quieren vivir felices; decia Seneca, pero el conocimiento de lo que hace la vida dichosa se oculta.

En efecto, sin la divina revelacion, este ha sido uno de los arcanos mas ocultos para el hombre. La sola memoria de la muerte basta para amargar los placeres, al parecer, mas só-

lidos y duraderos. En las desgracias anexas á la vida humana: ¿Que podrá consolar al que busca todas las cosas en la sola naturaleza? Comparemos al idólatra con el creyente, y observemos como sufre uno y otro la adversidad.

Muere una hija de Ciceron, Servio Sulpicio amigo de este le escribe, consolándole y valiéndose de todas las razones que presta la humana filosofia. Referiremos algunos trozos de esta bella carta.

»Que razon hay, dice Servio á Ciceron, para que te haya asi de atormentar ese tu dolor tan entrañable? considera por tu vida, como se ha tratado la fortuna con nosotros: como nos ha quitado la tierra, la honra, la autoridad, todos nuestros títulos y blasones; que son cosas que deben apreciar los hombres, no menos que á los hijos. Trás de tantas desventuras, que sabida puede hacer el sentimiento por una que se añada? ó porque una alma, que ya está acostumbrada á trabajos semejantes, no ha de tener ya hechos callos en ellos, y tenerlo todo en poco? cuantas veces te habrá esto venido al pensamiento, como á mi me viene, que en tan malos tiempos como estos, libran mejor los que sin desgracia pueden despedirse de esta vida? ó que bien hallas tu en la vida en estos tiempos, que á ella (á Tulia) le pudiese atizar el deseo de vivir? qué intereses? qué esperanzas? qué consuelo del alma? para vivir casada con algui joven principal? en tu mano, creo, está escojer de esta juventud de Roma conforme á quien tu

eres, un hierno á quien seguramente puedas encomendarle la honra de tu hija. ¿Para tener hijos crecidos en estado? gobernar la hacienda, que les dejó su padre? pretender por su orden en la república los cargos? qué cosa de todas estas hay, que antes de sernos concedida no nos la hayan quitado de las manos? pero es cosa triste vér morir á los hijos. Verdad es, pero es mas triste cosa sufrir y padecer lo que sufrimos. Quiero decirte una cosa que á mi me ha dado gran consuelo. Volviendo yo de Asia, y navegando desde Egina ácia Megara, puseme á mirar todas aquellas tierras al rededor. A las espaldas tenia á Egina, en frente á Megara, á la mano derecha á Pireo y á la izquierda á Corinto, que todas ellas en tiempos pasados, habian sido pueblos muy ilustres, y ahora destruidos y arruinados están, delante de los ojos. Comencé á considerar dentro de mi mismo de esta manera: ¿qué es posible que nosotros hombrecillos flacos nos hemos de airar, porque alguno de nosotros se muera, ó le maten siendo nuestra vida de suyo corta, viendo en presencia tantos cuerpos de pueblos destruidos y asolados hasta los cimientos? vuelve en tí Servio, vuelve en tí y acuerdate que has nacido mortal. Créme amigo Ciceron, que con esta consideracion quedé no poco consolado. Pero ponte á considerar, si te parece, esto que ahora te diré. Cuantos esclarecidos varones han muerto en tan poco tiempo: quanto se ha disminuido el imperio: cuan perdidas y arruinadas quedan las pro-

vincias: ¿pues por la pérdida de una mugercilla has de hacer tanto sentimiento? demás, que aun cuando ahora no muriera, de aquí á pocos años habia de morir, supuesto que habia nacido mortal... Ella vivió, mientras le convino vivir; floreció juntamente con la república; á ti que eras su padre te vió pretor, consul, agorero: se vió casada con juvenes muy ilustres, gozó casi de todos los bienes, que podia gozar, y acabó sus dias al mismo tiempo que la república los suyos. ¿De qué teneis tu ni ella porque quejaros por caso semejante? finalmente acuerdate, que eres Ciceron.

¿Y como recibe este afligido padre los consuelos de su amigo? Despues de manifestarle su agradecimiento, le dice que algun tanto se le han aliviado sus penas, pero que muchas veces le derriba la pasion, y que con dificultad se levanta. Estas son sus palabras en la carta que contesta á Servio. »Despues de haber perdido todas aquellas insignias de honra, que tu escribes en tu carta, las cuales yo á costa de muy grandes trabajos, habia alcanzado, solo este consuelo, (su hija) que ahora he perdido me quedaba. No se empleaban ya mis pensamientos en defender negocios de amigos; no en administrar lo que toca á la república: no me daba gusto tratar cosa ninguna en las audiencias: no podia alzar los ojos á mirar el consistorio del senado: ya hacia cuenta, como ello realmente era asi que todo el fruto de mi diligencia y fortuna era acabado. Pero cuando con-

sideraba que este mal era comun á mí, á ti y á otros, hacia fuerza á mi condicion, para tomarlo con paciencia: tenia á quien acudir, con quien descansar, quien con su dulce conversacion aliviaba todas mis fatigas, y cuidados. Pero ahora con este tan fuerte golpe y herida, todas las otras, que parecia estaban ya soldadas, se han vuelto á refrescar. Porque entonces, si venia apasionado de fuera por las cosas del gobierno, tenia en mi casa quien me aliviase mis fatigas; pero ahora si salgo triste de mi casa, no puedo arrimarme á la república, para que con sus bienes me consuele, de manera que todo me cansa, la casa y la audiencia, porque ni la pena, que la república me dá, me la puede ya aliviar mi casa, ni de la tristeza que en mi casa siento, puede aliviarme la república."

Ved á este sábio gentíl dominado de su tristeza sin que puedan sacarlo las razones de Servio, de su sombría y melancólica situacion. ¿Pero podrian, acaso, satisfacerle cuando en ellas se hallan un vacío inmenso que solo puede llenar la Religion? Job despojado de sus bienes, privado de sus hijos, ultrajado por su muger, calumniado por sus amigos, cubierto de llagas, estenuado por el dolor y sin recurso alguno en este mundo, el conserva la paz en su corazon, triunfa de la adversidad y deja á los siglos futuros un ejemplo admirable de los efectos de la Religion. ¿Qué gran diferencia hay entre estos dos combatidos por las desgracias! mas tambien son muy distintos los

principios que les sirven de consuelo. El gentíl aunque es menor su mal, pero busca el alivio en las criaturas, y no le halla; y el creyente lo busca en la divina revelacion que le enseña que verá á Dios su salvador y esto le llena de consuelo.

El sábio y austero Caton cuando está en Roma desempeñando los cargos que la república le confiere, es un héroe modelo de virtudes republicanas; pero cuando le vemos cediendo al dolor que le causa la pérdida de la república, y despedazandose las entrañas con sus propias manos, nos parece mas cruel que las fieras. Comparemos á este con Mauricio emperador de Oriente, quien cercado de todas las desgracias, vé por último que el imperio pasa de sus manos á las del tirano Focas, que este manda cortar las cabezas de sus hijos en su presencia, Mauricio en medio de tantos males con una constancia heroica, viendo derramar la sangre de sus hijos, no pronuncia otras palabras sino estas del psalmo 118: sois vos justo señor, y vuestro juicio es equitativo.

Digan pues, los defensores de la razon, los que enseñan que esta sola basta para hacer al hombre verdaderamente grande, ¿en donde se halla la verdadera fortaleza, en el creyente, ó en el infiel? claro es que en el primero.

Es bien manifesta la causa de esta diferencia: el creyente halla en la divina revelacion aquellos dulces consuelos que no le puede dar la naturaleza. ¿Podrá esta ofrecer al hom-

bre un remedio eficaz en sus penas, un motivo de seguridad en su suerte, tanto presente como futura, un freno para reprimir las pasiones, un estímulo para animarse á sufrir resignado los trabajos de esta vida y un principio que le conduzca firmemente á la virtud: invente nuevos sistemas esa falsa filosofía de nuestros tiempos, adornelos con toda la hermosura de una seductora elocuencia, busque las razones mas especiosas, ecsamine toda la naturaleza, investigue sus mas ocultos arcanos y agote hasta sus últimos recursos, al fin conocerá que sus fuerzas son muy pequeñas, y que dejada la divina revelacion toda su ciencia es vanidad.

Para confirmacion de esta verdad demos una ligera ojeada sobre el estado del hombre ausiliado con la divina revelacion y despues consideremosle destituido de ella.

Dios crió al primer hombre adornado de la justicia original, le puso en un delicioso paraíso le hizo señor del universo destinando todas las cosas para su comodidad: los trabajos, las enfermedades y la muerte, jamas pueden tocar esta grande obra en quien se halla gravada la imágen de su omnipotente Hacedor: la paz mas dulce y el gozo mas puro ocupan su corazón, sin que le turben las pasiones desarregladas. Este es el estado primitivo del hombre. Un solo precepto le impone su criador para que manifieste su obediencia y reconocimiento; le quebranta, y al momento queda despojado de

su felicidad y cercado de todas las miserias que hasta ahora vemos y sentimos. La tierra ya no le dá el sustento, sino á costa de penosos trabajos: las pasiones antes sujetas se rebelan contra él y su posteridad: el vé en el cadáver yerto de un hijo inocente, víctima de la envidia cruel, el fin que le espera y á todo el género humano: últimamente por nueve siglos consecutivos tiene delante de los ojos el melancólico cuadro de todas las desgracias que habian seguido á su desobediencia. En medio de tantas desdichas, comparando Adán su actual estado con el que habia perdido para siempre, ¿cuan grave habria sido su mal si no se le hubiera revelado su remedio? sin duda habria dejadose arrastrar de la desesperacion y se habria quitado la vida, cuyo peso le sería insupportable.

Pero Dios le habia prometido un mediador que aplacaría á la divina justicia y repararia las quiebras recibidas por la culpa y esto le alienta para sufrir con paciencia todos los trabajos que justamente padece. El consuela á sus hijos herederos de su pecado, enseñandoles todas aquellas verdades, que el Señor le habia revelado, y que formaban la religion primitiva: no les oculta que habia sido constituido en gracia desde su creacion y que habia caido de este estado por su desobediencia; pero tambien les hace saber que vendrá un Salvador á redimirle, y que asi como todos participaron

de su culpa, se preparaba para todos el remedio. Instruidos los hombres con estas verdades, encuentran en ellas todos los socorros necesarios para sobreponerse á su condicion.

Si atienden al órden fisico no temen que se trastorne, porque saben que Dios le preside por su sabiduria, y que su bondad le responde de su perpetuidad; que nada se mudará sin razon; que el Sol que hoy se oculta en el ocaso no les dejará envueltos en las tinieblas de una eterna noche: que volverá mañana á vivificar la naturaleza con la benéfica influencia de sus rayos: que el otoño despues de haberles dejado los frutos necesarios para su uso; cediendo su lugar al invierno; no se ha separado para siempre, pues vendrá al tiempo prefijado por el Criador: en fin, discutiendo por toda la naturaleza, como no la juzgan dirigida por el acaso ciego, cuentan con ella para todas sus cosas con entera confianza.

Entran dentro de si mismos y observan aquel deseo innato que tienen de ser perpetuamente felices, y no circunscribir su existencia á esta vida pasajera: consultan á la divina revelacion, y esta les dice: que su propension á la inmortalidad no es en vano, que existirán mas allá del sepulcro, y que entonces disfrutará de una felicidad perfecta, obrando en este mundo segun la ley: que todas las actuales miserias y trabajos son una prueba momentanea, una espiacion de sus faltas y un contrapeso á la violencia de las pasiones, que en breve pa-

sarán y á ellas sucederá un eterno descanso. ¡Ah dulces esperanzas! solo vosotras podeis satisfacer en este mundo los inmensos deseos del corazon humano ¡impíos crúeles! por qué quereis quitar al hombre los únicos verdaderos consuelos que tiené en esta triste morada del dolor? podreis vosotros hacerles sus dias mas risueños con vuestras lecciones perversas?

Veanse los escritos de los filósofos y no se hallará en ellos sino un fondo de ideas sombrías y melancólicas, que hiriendo por todas partes el corazon humano, dejan en él la amargura, el descontento, el enfado, el dolor y la desesperacion. Limitando las esperanzas del hombre á sola la vida presente, cuando obedeciendo este al impulso de la naturaleza, dirige sus miradas á la inmortalidad y la desea, no encontrando en la falsa filosofía, sino el anodamiento, debe juzgarse el ente mas desgraciado del universo.

Un antiguo filósofo hacia esta triste pintura del hombre. »Entre los diversos animales la preeminencia es debida al hombre, parece que la naturaleza ha destinado para él todas sus producciones, pero le hace comprar sus dones tan caros, que mas bien obra con él como una madrastra cruel, que como una madre tierna. Solo el hombre, de todos los animales, tiene necesidad de vestidos prestados, cuando la naturaleza ha dado á los demas diferentes especies de cubiertas, de conchas, cuero, pelo, plumas,